

PERSONALIDADES CENTROAMERICANAS

MARGINALIDAD Y UNIVERSALIDAD CULTURAL

Manlio Argueta

Introducción

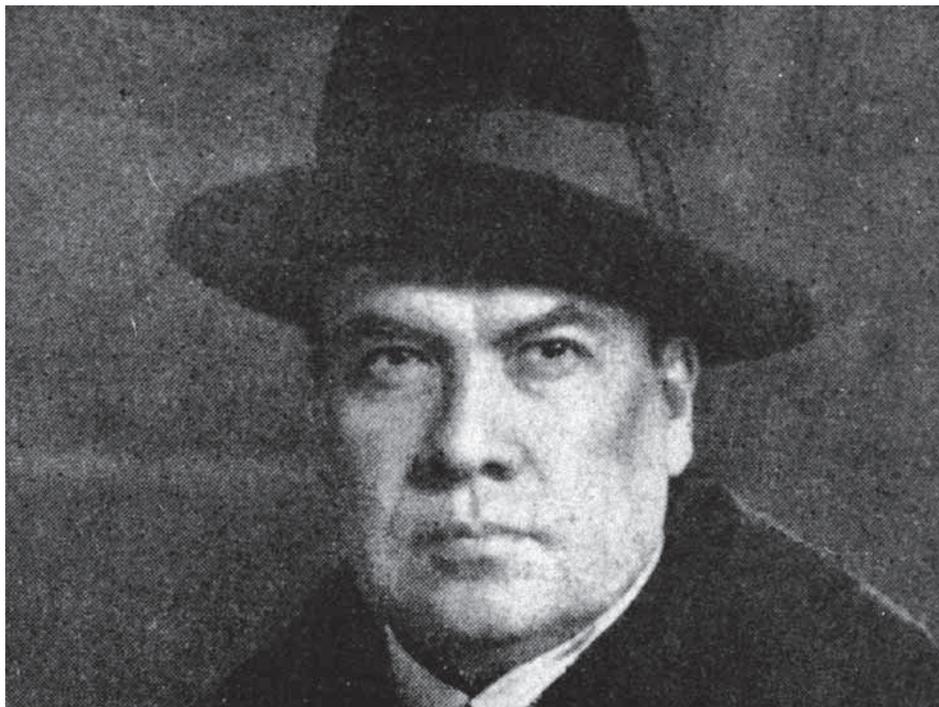
Hay una paradoja entre el desarrollo de las letras en Centroamérica a finales del siglo XIX y su decadencia en las tres primeras décadas del XX, con problema de arrastre que llegó hasta finales de ese siglo. Esto es válido para El Salvador. El primer período mencionado se manifiesta en asociaciones artísticas y científicas que cuentan con publicaciones de proyección latinoamericana. En el caso de El Salvador se vuelve más evidente por su expresión notable en revistas y producción literaria. En los otros países se dio más un proceso continuo sin grandes quiebres como el fenómeno salvadoreño. ¿Qué nos pasó después de los primeros años 20 del siglo pasado para ir en proceso regresivo de asonadas militares, de abusos y retraso humanístico? No cabe duda que el rol para esos retrasos fue la orientación autoritaria del Estado regional hasta ubicar la palabra en una marginalidad manifiesta. No se trata de negar lo que se fue construyendo con calidad, rebeldía y persistencia cuando a mediados de los años 40, vencido el fascismo mundial, también fueron cayendo las dictaduras regionales manejadas con mentalidad de fincas, con la única excepción de Costa Rica. Pero la creatividad comienza a remontarse a mediados del siglo XX, con excepcionales escapes a la marginación de las ideas y de sus autores, hasta producirse la revelación que llevó a Guatemala a dar un Premio Nobel: caso de Miguel Ángel Asturias. Sin esos premios, pero de trascendencia, figuran Salarrué, maestro pionero del criollismo latinoamericano; o Claudia Lars, a la altura de una Gabriela Mistral y Alfonsina Storni y Delmira Agustini. O las populares obras de los costarricenses Carlos Luis Fallas (*Mamita Yunai*) y Carmen Lyra (*Cuentos de la tía Panchita*); o los guatemaltecos Augusto Monterroso y Luis Cardoza y Aragón, astros que debemos evitar que se pierdan en la inmensidad del agujero negro de la cultura de América Latina, pese a contar la región con tradiciones incluso de origen ancestral, como lo demuestran las culturas mayas y nahuatl.

Y así llegamos al siglo XXI, no exento de miedos, violencia y paranoias, aunque en ruta hacia la democratización. La región centroamericana arranca con fuerza a partir de un sedimento cultural nunca perdido. La apertura hacia la democracia, aún en duro proceso, nos permite retomar

el cultivo del humanismo como medida de prevención a la violencia, institucional o social. La iniciativa civil, la mística de deconstrucción, nos llama a un aprendizaje por la vía de las experiencias que nos impulsan a ser distintos. Es una realidad que debe abrirse paso entre las irrealidades que han perturbado sentimientos y emociones como elementos de desarrollo humano. Dentro de todo, el libro nos salva, así como su continuidad que es el ejercicio de la escritura, la consolidación de la palabra escrita, y la creatividad propositiva.

Rubén Darío, príncipe de las letras castellanas (Nicaragua, 1867-1915)

A finales del siglo XIX, 1881, se funda en El Salvador la sociedad “La Juventud” y se edita la revista *La Juventud Salvadoreña*, publicación mensual científico-literaria. En 1888 se crea la Academia de Ciencias y Bellas Letras, aunque de corta vida, con una publicación mensual; y el *Repertorio Salvadoreño*, donde colaboran poetas y escritores latinoamericanos, como Juan de Dios Peza, Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Ricardo Palma, Salvador Díaz Mirón, José Santos Chocano, Julián del Casal. Luego, en 1903, se publicó *La Quincena*, Revista de Ciencias, Letras y Artes. Ya en 1873 se había constituido la Academia de la Lengua de Centroamérica, donde figuran guatemaltecos, salvadoreños y colombianos, aunque hasta 1914 fue autorizada por España. El movimiento cultural en El Salvador nos convirtió en foco regional apoyado desde el Estado por dos Presidentes de la República, Rafael Zaldívar (1876-1885) y Francisco Menéndez, (1887-1890). El Salvador fue centro de atracción artística, con énfasis en la literatura y el estudio de la realidad histórica. Ello atrajo a Rubén Darío, que recibió invitación para venir a residir en el país, donde fue acogido con honores por el propio Presidente de la República, quien le concedió una beca más que generosa para que pudiera vivir con todas las comodidades de pequeño príncipe en ciernes. Darío recibía apoyo institucional de la clase política inclinada hacia las artes, las ciencias y las letras. El nicaragüense de 15 años conoce a nuestro máximo humanista Francisco Gavidía, de 18, para echar la primera semilla del Modernismo, que llegó a germinar en su mentalidad lúcida. Gavidía le lee los alejandrinos en francés para que capte los sonidos inexistentes en la poesía castellana. La lucidez del joven poeta le permite ir adoptando las nuevas entonaciones



Rubén Darío

poéticas, clave para el surgimiento y renovación lírica. También su maestro Gavidia escribe poemas con el nuevo alejandrino, y lee a Darío sus traducciones del francés (el más conocido es el poema *Stella*). De ese modo surge la genialidad de la palabra creativa que incidirá en la poesía castellana, una maravilla que nos llega desde un pueblecito invisible llamado Metapa, de Nicaragua, para dar a la región centroamericana una señal de universalidad.

La madurez temprana del futuro Príncipe de la Poesía Castellana comienza a perder apoyo al ocurrir dos hechos que dramatizan su estadía en San Salvador. Tiene que ver con algunos errores juveniles del poeta que provocan el malestar de su anfitrión, el presidente Zaldívar. Perdida la confianza, Darío tiene que salir de El Salvador; pero cinco años después, con un nuevo presidente reformador de la educación y de las leyes (Francisco Menéndez), regresa para encontrar lo que su olfato de genio anda buscando: un mecenas para su ocio griego orientado a escribir poemas. Se le ofrece la dirección de un periódico. Sin embargo, la mala suerte lo persigue: se da un golpe de Estado militar a su protector. Darío se ve obligado a salir hacia Guatemala, ya casado en la ciudad de Nueva San Salvador con la costarricense Rafaela Contreras, con quien concibe un hijo, Rubén Darío Contreras.

A las pocas oportunidades de insertarse en el nuevo país de refugio se suma la noticia que le afectará toda la vida: la muerte de Rafaela Contreras, que lo impulsa a encontrar alivio en la bohemia alcohólica, que le produjo una muerte prematura. Reconocidas sus dotes en el manejo de la palabra se le da la dirección del periódico *El Correo de la*

Tarde (1890), donde en uno de sus artículos ataca al golpista (general salvadoreño Carlos Ezeta), que había derribado a Menéndez. Eso le cierra unos años su posibilidad de regresar a El Salvador. Y por esas casualidades de la vida, conocerá en Guatemala a otro jovencito de gran talento y audacia, que luego será conocido como el “Príncipe de los Cronistas”, Enrique Gómez Carrillo: ambos emigrarán de Centroamérica para convertirse en productos de una monarquía sin corona de las letras centroamericanas. Una de las paradojas del genio al retornar a su Nicaragua natal de 17 años es que fue condenado por vagancia a trabajos de obras públicas, lo que por supuesto no cumplió, para gloria de su país. Decide regresar a El Salvador y aquí es

impulsado a los 23 años a viajar a Chile y Argentina, países que le dan oportunidad de destacar al escribir poemas en que se advierten las nuevas claves musicales de la poesía castellana. Escribe y publica en Chile su primer libro, *Azul*. (*L'art c'est l'azur*, ha escrito antes su inspirador, por intermedio de Gavidia, Víctor Hugo). Con esa obra sienta su partida de nacimiento como Príncipe de la Poesía castellana.

Coordinador de América: Joaquín García Monge (Costa Rica, 1881-1958)

Cuentista y ensayista, Joaquín García Monge fundó una de las revistas más representativas de la comunicación literaria de la época, *Repertorio Americano* (1919-1959), con la idea de ser una publicación serial que se titularía en principio *Cuadernos de Cultura Hispánica*, destinada a dar cabida a expresiones del pensamiento y el humanismo. En un período de difícil intercambio de información, por las comunicaciones propias de la época, la revista tuvo entre otras directrices dar a conocer a los escritores de América por sus nombres, obras y país. Esto le valió a García Monge, por parte de Alfonso Reyes, el calificativo de “Coordinador de América”, que refleja la dimensión que quiso dar este costarricense a *Repertorio Americano*: integrar a partir de la palabra a una América hispana, que trasciende en búsqueda de identidad histórica desde la voz creativa como fuente cultural. Esta revista quincenal fue mantenida con fondos propios o donaciones, entre otras de editores catalanes en Costa Rica, y pudo incluir artículos de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Victoria Ocampo, Teresa de la Parra, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Miguel de Unamuno, Baldomero Sanín Cano, Rómulo



Joaquín García Monge

Gallegos, Luis Cardoza y Aragón, Claudia Lars, José Carlos Mariátegui, Salarrué, Salomón de la Selva, con quienes se formó una red de escritores que apoyarían la publicación con un tiraje de 1300 ejemplares. Se incluye también a escritores que serán los clásicos de Costa Rica: Carlos Luis Fallas, Max Jiménez, Julián Marchena, Eunice Odio, Moisés Vincenzi, Carmen Lyra. En los años 20, en otros países latinoamericanos un núcleo de escritores publicaba sus trabajos para la interacción de las artes continentales, incluyendo a Estados Unidos, lo que inspira a fundar una fraternidad espiritual con diálogo internacional formulador de una conciencia de Nación múltiple. Las revistas dejaban el testimonio del proceso intelectual por medio de un gran número de materiales que coexistían en publicaciones periódicas. En esa red estaban *Babel*, de Argentina; *Amauta* de Perú, con un reconocido director: José Carlos Mariátegui; y *Avance* de Cuba. Todas con proyecciones de un periodismo literario que consolidaban los sueños de intercambio de culturas como medio de identidad continental.

Repertorio Americano tuvo su antecedente en la labor editorial previa: Colección Ariel, Ediciones Sarmiento, Ediciones de Autores Centroamericanos, entre 1906 y 1916, publicaciones no siempre bienvenidas por quienes se sentían afectados por la libre circulación de ideas. Fue así como García Monge sufrió exilios, uno de ellos en Nueva York, además de presiones por el gobierno pro fascista de León Cortés y por la dictadura constitucional de Federico Tinoco. Tinoco dio un golpe de Estado y se nombró presidente llevando como ministro de Guerra a su hermano, encargado de reprimir a los opositores. Estos rechazos a García Monge produjeron respuestas solidarias por parte de escritores del continente. Para Germán Arciniegas, “las historias de América Latina tienen una deuda por la obra de integración cultural realizada por García Monge”. El ecuatoriano Benjamín Carrión lo nomina “primer ciudadano de la América Libre”, único intelectual que le ha quedado al continente de la estirpe

La región centroamericana arranca con fuerza a partir de un sedimento cultural nunca perdido

de Andrés Bello, dice. El cubano Manuel Pardo González lo califica como “vanguardia de dignidad y bondad”. El ecuatoriano Alfredo Díaz Canseco afirma del director de *Repertorio Americano*: “Yo hubiera pasado días enteros recibiendo su palabra como lluvia fresca para serenar el amargor que lleva la sangre india hispanoamericana, por eso lo veneramos todos”. El periodista y ensayista salvadoreño Napoleón Viera Altamirano, en artículo publicado en dicha revista afirma que se trataba de un ser humano lleno de calor y abundancia espiritual, leal y perseverante”. El guatemalteco Mario Monteforte Toledo, al visitar la casa museo de García Monge, afirmó que ahí no se llega como a las pequeñas capillas sino a llenar “de golpe todos los sentidos de paz, de limpieza de alguien que no ha hecho todo el bien porque no ha podido”. El hondureño Rafael Heliodoro Valle afirma que García Monge es “el mensajero que no quiso ser autor en la revista de la que era actor, fue una entrega desinteresada a favor de la cultura”.¹

Enrique Gómez Carrillo (Guatemala, 1873-1927)

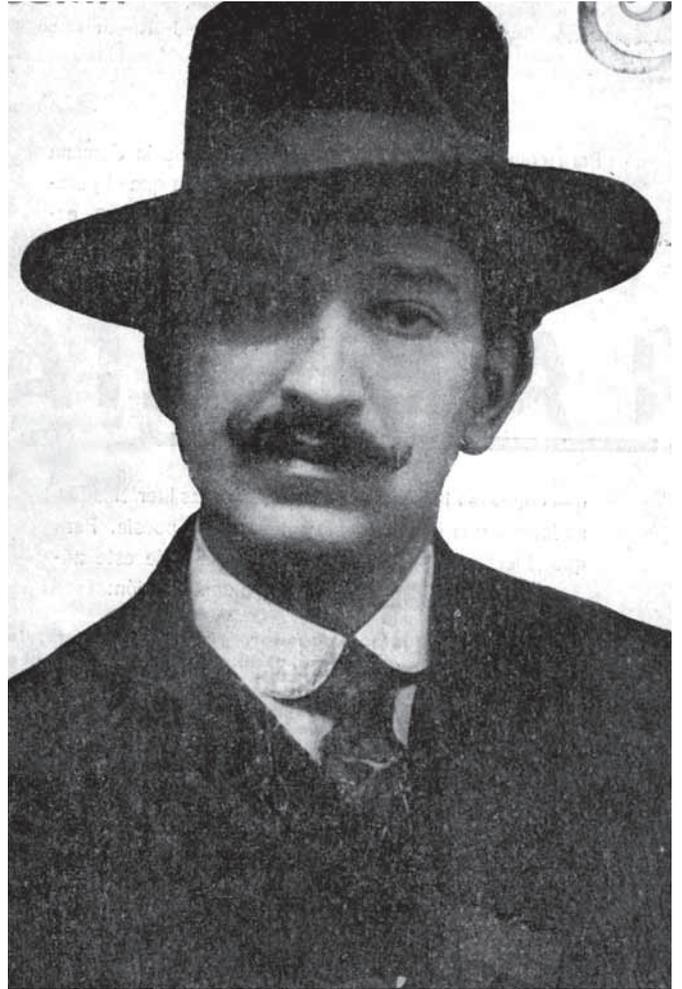
Nació en la Ciudad de Guatemala el 27 de febrero de 1873. En 1890 trabajó en el diario guatemalteco *El Correo de la Tarde*, que dirigía Rubén Darío. Este lo recomendó con el presidente de ese país para que recibiera una beca de estudios en España, aunque la mayor parte del tiempo lo pasó en París, donde conoció a escritores como Gabriele D’Annunzio, Paul Verlaine, Leconte de Lisle, Oscar Wilde, el Premio Nobel Mauricio Maeterlinck, quien le prologó algunos de sus libros. Carrillo se convirtió en astro de la crónica literaria y de viajes que atrajo al mundo intelectual parisino. Con García Márquez, el guatemalteco es uno de los escritores latinoamericanos con más honores recibidos en vida, aunque Gómez Carrillo tuviera más protagonismo intelectual en Europa. Fue nombrado cónsul de Guatemala en París por el dictador Manuel Estrada Cabrera, pero una vez derribado éste se vio obligado a no regresar a Guatemala. El presidente argentino Hipólito Yrigoyen le nombraría también representante de Argentina en la capital francesa. Fue varias veces premiado en Francia por su obra literaria: en 1906 obtuvo el Premio Montyon, de la Academia Francesa, por la traducción al francés de su libro *El alma japonesa*, y volvió a serle concedido el mismo premio en 1917 por la versión al mismo idioma de *En el corazón de la tragedia*. En 1916 fue nombrado caballero de la Legión de Honor, y posteriormente ascendido a comendador de la misma orden. Contrajo matrimonio con

¹ Las citas entre comillas han sido tomadas de *La identidad mutilada*, de Manuel Solís Avendaño y Alfonso Gonzalo Ortega, Editorial de la Universidad de Costa Rica, pp. 19 y 23.

la famosa artista española Raquel Meller (1919) y luego con la salvadoreña Consuelo Suncín. Murió en París el 27 de noviembre de 1927, y se encuentra sepultado en el cementerio de las grandes personalidades literarias e históricas francesas: Père Lachaise. Junto a él descansan los restos de quien había sido su esposa, la salvadoreña Suncín, quien al quedar viuda contrajo matrimonio (en 1931) con el piloto y escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, héroe y escritor universal.

Gómez Carrillo, aunque becado en Madrid, hace de París su residencia en donde se le reconocerá como Príncipe de los Cronistas, y como tal, la intelectualidad francesa se disputa su amistad, gracias a las proyecciones editoriales de sus crónicas y ensayos publicados en libros, periódicos y revistas europeas. En su obra primera, *Esquisses*, escribe algunas semblanzas de escritores famosos de la época, que le da gran aceptación de la crítica europea. Su fama alcanzaría la mayor altura para cualquier escritor latinoamericano. A la fecha se cuentan unos 87 libros suyos publicados, aunque se considera que hay más obras inéditas. Sus viajes por el Viejo Mundo, con vívidas descripciones, emotivos pasajes y audacia mediática, lo llevaron a ganar el calificativo no sólo de Príncipe de los Cronistas, sino del mejor espadachín de París, vencedor en más de una docena de duelos. Es interesante la descripción nostálgica y búsqueda de lo desconocido que hace Gómez Carrillo al dejar su país, similar a la de Darío. Dice Carrillo: “A las seis de la mañana salí de mi casa sin hacer ruido, con el pecho tembloroso, con los ojos enrojecidos por el insomnio y por el llanto. De antemano habíamos convenido en que nadie me diría adiós en el último momento y que nadie me acompañaría a la estación. Había enviado el equipaje un día antes. Yo iba por las calles despacio, con las manos en los bolsillos, mirando las casas cerradas, encontrando encantos imprevistos en todas las esquinas”.² La salvadoreña, que después sería su esposa, se manifiesta en cambio por ir a conocer mundo y “convertirse en una reina”, como lo afirma a los nueve años en su pueblecito natal e invisible, Armenia, Sonsonate.³

A pesar del éxito, como Gómez Carrillo escribió mucho sobre frivolidades, cerca del decadentismo, su obra se fue olvidando. Entre su obra de liviandades están *Los crímenes del día*; *Una sentencia contra el abuso de los sombreros femeninos en el teatro*; *La Sala de armas del Círculo de Esgrima*; *El Renacimiento de la magia negra*. Aunque su fama se debió más que todo a sus libros de viajes. Fue amante de la bailarina holandesa Mata Hari, y se le acusó en Francia de haberla traicionado. Mata Hari fue condenada a muerte por los franceses como espía de Alemania en la Primera Guerra Mundial. Para exculparse,



Enrique Gómez Carrillo

el guatemalteco escribió un libro titulado: *El misterio de la vida y la muerte de Mata Hari* (el nombre verdadero de la famosa bailarina era Margarita van Zelle, que había despertado la admiración y aceptación del mundo artístico francés). En el libro el escritor guatemalteco niega la traición, en especial porque no pudo comprobarse que la famosa artista hubiese tenido contacto con los militares alemanes hospedados en un hotel parisino, donde ella acudió por casualidad. Las crónicas de Gómez Carrillo se sujetaron a las exigencias de la Bella Época, pero no logró romper la barrera del siglo xx, pese a que se hizo rico por sus derechos de autor. Cayó en la frivolidad propia de la Europa de los años 20, de las conversaciones de café, del ajenjo y búsqueda de mundos artificiales, aunque también ofreció luminarias en sus crónicas. Fue un personaje mimado, todos los grandes europeos de la época querían reseñas escritas por él.

Consuelo Suncín de Saint-Exupéry

En los años 80, con motivo de las traducciones de *Un Día en la Vida* a varios idiomas europeos, visité una docena de veces París, casa del poeta salvadoreño Roberto Armijo, mi hermano de la Generación Comprometida, que residió

² Harold Alvarado Tenorio, “Enrique Gómez Carrillo y modernismo”, artículo publicado en sitio web por la Fundación Arquitrave.

³ Claudia Lars, *Crónicas de Infancia*, El Salvador.



Consuelo Suncín de Saint-Exupéry

en Francia por casi 30 años. Lo extraño es que teniendo a una salvadoreña en su descanso final en uno de los cementerios más famosos del mundo, y tratándose de una escritora, escultora y pintora reconocida en París, nunca conversamos sobre su persona. Yo no la conocí desde Centroamérica, excepto por su título de condesa, hecho liviano que recibió interés de la prensa en sus visitas que hizo a El Salvador en 1952, 1962 y 1972. Se trata de la salvadoreña con más presencia en el mundo de la cultura y la intelectualidad europea, pero ignorada en nuestro medio centroamericano pese a que nunca olvidó sus raíces ni se desligó del pueblecito salvadoreño de donde salió para conocer el mundo y convertirse en princesa, como lo había soñado desde niña. Escribió poco, una novela: *Memorias de Oppede*, sus *Cartas* y sus *Memorias de la rosa*, publicadas 20 años después de fallecida. Más que escritora, fue pintora y escultora, una de sus exposiciones fue presentada por André Malraux. Pero lo excepcional de ella fue su vida de novela. Una centroamericana diferente en su época, ícono de la diáspora salvadoreña que tiene una población emigrada de más de la tercera parte de su población. Consuelo Suncín, una jovencita de colegio de monjas, de padres conservadores, inicia sus viajes en 1919:

El libro nos salva, así como su continuidad que es el ejercicio de la escritura

San Francisco, México, Nueva York, Italia, Bélgica, y departe con personalidades como Mauricio Maeterlinck, su consejero y amigo; Gabriele D'Annunzio, Picasso, Dalí... La época patriarcal, poco a poco en superación, se los atribuyó como amantes.

Hija de un general y dueño de pequeñas fincas de café, su padre se distinguió por reprimir a los campesinos que se levantaron en la zona occidental de El Salvador en 1932, año que se conoce como el de La Matanza. Sale a los 18 años a estudiar inglés a los Estados Unidos. Contrae matrimonio con un militar mexicano, aunque según testimonios sólo era un sencillo agente vendedor de pintura casera, pero para la jovencita salvadoreña es comenzar a convertir en realidad sus fantasías de infancia. Sus padres y amigos la querían casar con el hombre más rico de su pueblo, ella lo rechazó, y sus familiares se compadecieron de ella por irse a países lejanos en esa época que no se conocía la aviación comercial. Viuda a los 20 años llega a México con una carta de recomendación para el Ministro de Educación, José Vasconcelos (el educador por antonomasia de México, creador de la frase "Por mi raza hablará el espíritu" de la UNAM), quien la hace esperar más de dos horas y no le concede la cita. Según dice el mexicano en sus memorias: "una mujer bonita y joven, además viuda, no necesita empleo, puede ganarse la vida con sus encantos". Ella insistió y Vasconcelos volvió a recibirla y todo termina en una novela rosa con dejes dramáticos: el humanista y filósofo se enamora de la salvadoreña. Hablar de la relación entre Consuelo Suncín y José Vasconcelos ameritaría escribir un libro, sólo hago el enunciado, hay varias páginas al respecto en las *Memorias* del mexicano, en el tomo "El Desastre". El educador y filósofo no se limita para expresar su admiración por ella, aunque la menciona en la obra como Carito, pero el editor hizo lo justo al equivocarse, cuando en una de las páginas se le escapó el nombre de Consuelo. Aquí comienza el mito de mujer fatal, un invento de la época que creía en la mujer objeto, aún bajo la luz sabia de un intelectual como Vasconcelos. "¿Qué talentos escondía esta joven de cuerpo pequeño y mirada ensoñadora para 'embruja a los hombres'?", se pregunta con despecho al sentirse abandonado y ella decide casarse con Gómez Carrillo. La explicación que ella da al filósofo es que no conoce a nadie en París, ni tiene medios para subsistir y Vasconcelos es casado. Éste lo declara en sus memorias y le expresa admiración y amor, aunque nunca perdonó al "Príncipe de los cronistas", quien le había arrebatado su amor; incluso en "El Desastre" narra la anécdota de haber retado a duelo a su rival. El educador nunca deja de expresar su rencor por Gómez Carrillo, que puede originarse también por competitividad entre escritores, porque el

centroamericano ordenaba y gobernaba con su talento en Francia, y el connotado mexicano se limitaba a ser un líder político de los pocos paisanos suyos residentes en París. Paradójicamente, el tiempo proyectó la obra de este último y fue olvidando la del guatemalteco, explicable también por las marginalidades de la palabra y las ideas en Centroamérica.

Precisamente, cuando la viuda Consuelo Suncín es invitada por el presidente argentino Hipólito Yrigoyen para que reciba los honores ofrecidos póstumamente a Gómez Carrillo, es cuando conoce al autor de *El Principito*, hechos narrados por varios investigadores literarios. Luego de un matrimonio de trece años con Saint-Exupéry, muerto en acción contra los nazis en 1944, Suncín es olvidada y marginada de la vida de su esposo francés (en sus biografías). Muere en 1979. Pero veinte años después, el periodista y escritor francés Alain Vircondelet descubre los archivos de la salvadoreña con las cartas giradas entre los esposos y las memorias de ella (*Memorias de la rosa*, 1999, Nueva York, Francia y España, 2000). Es su resurrección ante el vacío en que por prejuicios la quisieron enterrar desde la muerte de su esposo, un noble de la aristocracia conservadora francesa. Muchos franceses no perdonaban a la foránea de un país tropical el casarse con un ícono de su canon literario. “Casarse con una extranjera es casi como casarse con una judía, lo peor que puede pasarle a un miembro de la aristocracia francesa”, dice un escritor que asistió a una celebración organizada por Consuelo para conmemorar un aniversario de la muerte de Saint-Exupéry. La discriminación no provenía de los sectores populares, sino de grandes intelectuales, como es el caso del Premio Nobel André Gide, quien la detesta, “desentona en las veladas literarias de la *Nouvelle Revue Française*”. Se trata de un prejuicio anti femenino, racial y anti extranjero –señala Alain Vircondelet–, a esas veladas literarias asisten “mujeres mucho más emancipadas, ricas, intelectuales y de negocios, inclusive libertinas”. La satanización de Gide resulta contradictoria, pues Saint-Exupéry, según los papeles encontrados por Vircondelet, le reprocha a Consuelo hacer ostentación de sus devociones religiosas, “se confiesa, asiste a la iglesia” y reza por él cuando va a alguna misión como aviador. Consuelo tuvo de niña una educación católica y si se le atribuyeron condiciones de mujer fatal fue por prejuicio de género. Pero ninguno de sus detractores le negó su talento y belleza. Como dice el escritor y empresario guatemalteco Francisco Pérez de Anton: esa Europa que se congratula de que un Gustav Mahler tuviera por esposa a Alma, casada varias veces y reconocida por haber sido amante de varios artistas, no puede admitir que un Saint-Exupéry haya tenido una “nativa de otros mundos, a quien la intelectualidad francesa habría aceptado como objeto de decoración o misericordia, más no como ser inteligente que influyera en un escritor de la *grandeur* francesa”. Para el europeo medio de la época era inexplicable que

un intelectual como Saint-Exupéry, que podía hacer pareja con cualquier mujer de la nobleza, se fijara en una mujer frágil, de estatura pequeña, divorciada y viuda dos veces, “que hablaba francés con acento”, un pecado en la Francia de la época. Cuando la conoce en Argentina, él está rodeado de bellas admiradoras, porque el aviador de esos años 20 era una especie de cosmonauta, además conde y de gran bonhomía. Sin embargo, es flechado de inmediato por la salvadoreña. Apenas a unos minutos de conocerla la invita a volar sobre Buenos Aires, retornan ambos a Francia y contraen matrimonio ante el malestar de la familia y las despechadas aristócratas francesas.

Con la investigación de Vircondelet, el mito del héroe y escritor es aclarado al darse a conocer sus debilidades humanas, sus dramas y actitudes de joven mimado por la madre y sus hermanas, confundido por la admiración que despertaba en las mujeres. Aunque tarde, los franceses aceptan al ángel salvadoreño que acompañó a su querido escritor y héroe de guerra, su rosa “aunque con espinas”. El ocultamiento que se hizo de la salvadoreña llegó hasta nosotros. Después de muerta, la intelectualidad francesa terminó aceptándola al revelarse que *El Principito* no se hubiera escrito sin su influencia sobre su marido. Posteriormente, gracias a otro acceso a los archivos antes ocultos, dos mujeres francesas, François Martine y Marie-Helene Carbonel, escribieron una obra biográfica aún más esclarecedora sobre Consuelo Suncín y su vida con Saint-Exupéry: *Consuelo de Saint-Exupéry: une mariée vetue de noir* (Editorial du Rocher, Paris, 2010). “Escribeme, escribeme –dijo Saint-Exupéry una semana antes de morir derribado su avión por los nazis–, que el correo traiga la primavera a mi corazón... estás en mí como la vegetación sobre la tierra. (...) Cuando estoy cerca de las estrellas veo una luz a lo lejos... que me hace señales desde la Tierra, y me digo, es mi pequeña Consuelo, y me dirijo a ese punto de la luz.”

Se cierra así el círculo de fuego de personalidades centroamericanas opacadas por una realidad ajena a la sensibilidad, cercados por el poder autoritario para someter ideas, pensamiento, sentimientos y con ello conservar retrasos primitivos. Y así nos encuentra el siglo XXI, queriendo buscar un sitio en el mundo de las humanidades, la ética y la estética, áreas focales para el desarrollo de las naciones. ■

Manlio Argueta (San Miguel, 1935). Escritor salvadoreño, poeta y novelista. Perteneció a la *Generación comprometida* y al *Círculo Literario Universitario*, dos de los grupos literarios más reconocidos de El Salvador. Vivió exiliado dos décadas, tiempo en que obtuvo el Premio Latinoamericano de novela, Casa de Las Américas, La Habana, Cuba, 1978, con su novela *Capucita en la zona roja*. En 1967, su novela *El valle de las hamacas* había obtenido el primer premio en el Certamen Centroamericano de Novela convocado por el CSUCA. Fue director de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). Es actualmente director de la Biblioteca Nacional de El Salvador, nombrado por el Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (CONCULTURA). Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.